

# los procesos sociopolíticos en la argentina del bicentenario<sup>1</sup>

*Ricardo Forster<sup>2</sup>*



El propósito de esta charla es realizar una suerte de mapa de la trama política, cultural y social en la Argentina contemporánea, de sus especificidades, sus complejidades, sus claroscuros; observar la situación, si se quiere laberíntica, en la que estamos situados. Es decir, presentar un análisis, una reflexión crítica con respecto a este movimiento que nos tiene bastante conmovidos en los últimos años para ver de qué modo podemos ir visualizando el camino que se está abriendo.

---

(1) El presente artículo recoge la intervención oral realizada por el autor en CABAL Coop. Ltda., el 10 de diciembre de 2009.

(2) Doctor en Filosofía. Director de la “Maestría en Comunicación y Cultura” y Profesor titular de las cátedras “Historia de las ideas” y “Ciencia Política” de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor Distinguido de la Universidad de Maryland, College Park, EE. UU.

---

Por supuesto que lo que voy a plantear no es un mapa académico objetivo de la realidad de nuestro país; la idea es transmitirles cómo en lo personal, y a partir de ciertas experiencias colectivas que venimos recorriendo hace un par de años con amigos y amigas del ámbito de la cultura, de la Academia, podemos pensar un poco a la Argentina, lo que podríamos considerar la “excepcionalidad” y la “anormalidad” argentina. Pensar si estamos situados o no en un tiempo imprevisto o inesperado y, si esto es así, si se están pagando algunos de los precios altos de una situación que un gran sector de la sociedad argentina no imaginaba, no tenía prevista, no anticipaba como parte de la travesía de los últimos años. Esto me parece importante porque reflexionar sobre el presente es siempre, de algún modo, tener que mirar hacia atrás, situarnos en la década de los noventa -aunque no solamente-, ya que fue decisiva en muchísimos aspectos para reformular muy profunda e íntimamente la sociedad argentina.

Para poder pensar la etapa argentina actual, e incluso la etapa latinoamericana, hay que tratar de desentrañar al menos la significación de los años 90, la significación de un cierto modelo de desarrollo económico, político y cultural que se desplegó de una manera global y que tuvo una incidencia decisiva en nuestro continente, particularmente, en nuestro país. Pero también, si uno deseara ser más sistemático, más riguroso, más profundo, la inflexión hay que ir a buscarla a marzo de 1976. Si quisiéramos pensar de una manera más despojada, más crítica y más intensa lo que está sucediendo en la Argentina de hoy, hay un largo recorrido que presenta un corte muy brutal en marzo de 1976. Este corte quizá está anticipando un giro en el interior de la sociedad argentina durante la década de 1970, cuando comienza a desarticularse el último resto del Estado bienestar que todavía persistía entre nosotros, pero que nos hizo entrar con el proyecto “Martínez de Hoz y compañía” en una reformulación muy profunda de la trama estructural de la Argentina que va a tener consecuencias decisivas también para los contextos cultural y político. Por supuesto, a esto debe agregarse lo que significaron la dictadura, la represión, los exilios, las muertes, todo ese mapa que trastocó, reformuló, conmovió y rompió parte de la estructura tradicional de la sociedad argentina.

Hay un punto decisivo para observar rápidamente, ya que no quiero detenerme en lo que no nos dejaría tiempo para el desarrollo de los temas que nos ocupan; pero creo que existen algunas marcas muy significativas para poder pensar la actualidad: una es la marca de la dictadura, la otra es la que yo llamaría la “desilusión alfonsinista”, básicamente el contexto “Semana Santa”, pero también ligada a un acontecimiento que es muy decisivo para el

---

despliegue de una sociedad como fue el final del gobierno de Alfonsín, con el fenómeno hiperinflacionario. Sin necesidad de tener mucho manejo del tema económico, todos sabemos que la hiperinflación no es simplemente una transformación estructural de una sociedad en términos económicos, sino que tiene consecuencias en los imaginarios culturales, en la organización de la vida cotidiana, en el vínculo entre las personas y en aquello que definimos como el sentido común predominante en un determinado momento histórico. Son muy pocos los fenómenos de extrema inflación o de hiperinflación a lo largo del siglo XX y la Argentina ocupó lugares memorables. Tenemos excesos en muchas cosas, y en ese sentido también lo hemos tenido equiparable en parte a lo que fue la hiperinflación de los primeros años de la República de Weimar, que tuvo consecuencias horribles para la continuidad de la sociedad alemana. En nosotros esta situación dejó heridas que todavía estamos pagando. Las heridas impresas en la construcción de la subjetividad, en el modo como se organiza y se vive interiormente en una sociedad, todavía están allí, dando cuenta de lo que somos como ciudadanía. Se desestructuraron décadas de relaciones entre sectores sociales que se desprendieron mutuamente, se produjo un abismo entre las clases y los actores sociales que en otro contexto argentino al menos intercambiaban; se desmontaron espacios públicos, espacios institucionales, vínculos de la cotidianeidad, todo lo que, entre otras cosas, generó una profunda mutación en la percepción del mundo, en el sentido común, en lo que genéricamente algunos llaman la “opinión pública”, en el distanciamiento de los actores medios o de las clases medias respecto a los sectores populares que a su vez tuvieron su propia devastación, su propia fragmentación. Es decir, pensar la salida de la hiperinflación (todos recordamos aquella frase elocuente de Cavallo en el tiempo inmediatamente previo a la llegada de Menem al poder, cuando dijo “Cuanto más desestructurada la sociedad, cuanto más brutal el fenómeno hiperinflacionario, creando condiciones de fragmentación en el interior de esta sociedad, más disponible gran parte de la sociedad para que se haga cultural, política, económica y socialmente lo que queramos”).

A todos estos factores debemos agregarle una mutación cultural, política y técnica que comenzó a desplegarse fuertemente al comienzo de la década de 1980, la cual abarca un fenómeno global y mundial y presenta un punto de inflexión con la caída del muro de Berlín, la disolución del mundo soviético y la imposición y el despliegue del modelo neoconservador-neoliberal: un patrón de acumulación del capital volcado fuerte y decisivamente a la lógica especulativa financiera que, a su vez, va a tener decisivas consecuencias respecto a la esfera del trabajo, al autorreconocimiento de los individuos que habitan en

---

el interior de una sociedad, mutaciones en el terreno de los valores, cambios dramáticos y esenciales en los dispositivos comunicacionales. No es porque en otras sociedades previas los medios de comunicación no hubieran tenido una importancia fuerte o intensa; sabemos que, por ejemplo, ente otras cosas, el gran despliegue de los fascismos durante las décadas de 1920 y 1930 estuvo vinculado directamente con la “capacidad” que tuvieron algunos de sus principales exponentes en la apropiación de los nuevos recursos técnico-comunicacionales, fundamentalmente la radiofonía. Pero la diferencia con lo que viene sucediendo -al menos en los últimos treinta años- es que integralmente la sociedad ha sido atravesada por los lenguajes comunicacionales, es decir, el hombre, la mujer, el joven, el niño se despiertan por la mañana y se acuestan a la noche atravesados decisivamente por los códigos, por los modos de producción, por los relatos, por las formas de construcción de sentido que se desplieguen en el interior del andamiaje comunicacional. Esto no es ni bueno ni malo a esta altura; tiene que ver con la forma actual de la construcción de lo social, con la experiencia y con las peripecias de los que integramos esta sociedad. El problema más dramático es que una vez que comienza a entrar en crisis el dispositivo político-ideológico como centro de las disputas del poder y comienzan a licuarse las formas tradicionales de identidad y representación política, lo que empieza a ocupar un lugar central en la definición de la trama valorativa ideológica (que por comodidad voy a llamar la “derecha neoliberal”), el actor decisivo que despliega, multiplica y desarrolla exponencialmente la transformación cultural, política y estructural que acompaña y despliega la transformación económica son las grandes corporaciones mediáticas.

Comprender esta época es comprender el papel central como actor político que poseen los grandes medios de comunicación, no sólo en la Argentina, sino también en el mundo. Si ustedes observan el papel de los grandes medios de comunicación europeos, incluso la supuesta prensa progresista -ejemplo arquetípico es *El País*, en España, pero también *Le Monde* en Francia-, en ciertos modos de concebir el mundo, de construir valores, de definir los giros en la idea de ciudadanía durante los últimos veinte años al menos, tienen en algunos de esos actores claros de la corporación mediática la forma arquetípica de la época para producir sentido, para estructurar la ideología, para desparramar los valores. Estamos también en el pasaje de una vieja idea de ciudadanía a lo que por comodidad yo llamaría rápidamente la idea del “ciudadano consumidor”. El ciudadano consumidor ya no tiene nada que ver con la matriz derivada de la Revolución Francesa, con la matriz republicana de finales del siglo XIX, con la noción de ampliación de la ciudadanía mediante la que se conforma-

---

ron nuestros países durante las primeras décadas del siglo XX. La idea de los encuentros, la movilidad social, la solidaridad, la comunidad, la construcción de un espíritu y un espacio compartidos va a quebrarse en lo que se podría llamar las retóricas del mercado, las retóricas del consumo y el despliegue de una lógica asociada fundamentalmente a un hiperindividualismo exacerbado en el interior de una sociedad de masas, porque esta es también una paradoja sobre el término a la que podríamos retornar en algún momento.

Nunca se definió tan autistamente, tan autorreferencialmente ni tan narcisistamente al individuo como en esta época, y nunca el individuo quedó más adherido y absorbido por las grandes expresiones de masas. Expresiones de consumo, de objetos pero también de mensajes, de construcción de un sentido común. Lo que prolifera es precisamente el sentido común, que no es algo natural; es una construcción cultural, política, social, histórica que va mutando. Observamos la historia argentina y encontramos distintas instancias, distintos momentos, distintos conflictos: lo cierto es que hoy estamos atravesando, en el interior de nuestra sociedad, un tiempo que viene a condensar y a exponer poderosamente una matriz de sentido común que de ninguna manera ha dejado detrás de sí el fenómeno cultural, político e ideológico de los años 90. En gran medida, la mayor parte de nuestra ciudadanía –desde los estratos altos hasta los bajos– piensa el mundo, actúa el mundo, percibe la realidad a través de lo que por comodidad podría considerarse una matriz ligada a la lógica del mercado, a la lógica de esto que, por no encontrar otra palabra más cómoda, podremos llamar el “espíritu neoliberal”. Y, entre otras cosas, el espíritu neoliberal supone que la política tiene que asociarse cada vez más a la lógica de la gestión, a los lenguajes empresariales, a una lógica del consenso que desactive lo que la tradición neoliberal llama el conflicto. ¿Qué es el conflicto?: la persistencia de formas anacrónicas, de crispaciones en el territorio político que no se corresponden con la nueva escena del mundo atravesada por los lenguajes técnicos, por los lenguajes del comercio internacional, por el final abrupto del mundo bipolar, por la idea de un gran directorio de empresas que, desde distintas perspectivas propias de cada uno de los integrantes de ese directorio, discute como en una mesa amplia, plural, y busca el consenso, la realidad y las necesidades de cada una de estas sociedades.

Por supuesto que en este momento se extiende el discurso del fin de la historia: recuerdan ustedes que, junto con la caída del muro de Berlín, se desarrolló la idea que hizo famosa Francis Fukuyama acerca de la muerte de la historia y la caída de las ideologías, asociada al triunfo final del mercado y

---

de la democracia liberal, la cual expone que iban a quedar como restos en las zonas marginales del mundo conflictos que en realidad respondían a historias previas, casi de orden antediluviano, pero que la historia del mundo en realidad ya había concluido, el movimiento de la historia había llegado a su punto culminante. Todas estas cuestiones se relacionan con la sociedad global, con esta dinámica de fusión del despliegue del capital, de las nuevas técnicas productivas y esta gran democracia global que por comodidad llamamos “democracia liberal”. Entonces esta concepción no es simplemente un discurso superestructural que interpreta el mundo, sino que es parte del procedimiento de impregnar sentido común, cotidianeidad, de darle forma a una manera de pensar las cosas. De pensar al otro, de pensar al vecino, de pensar al que está más abajo, de mirar al que está más arriba, porque lo que ha mutado también es una percepción de los vínculos sociales: ha cambiado la relación con la riqueza, con el dinero, con el éxito; ha cambiado la relación, por lo tanto, con el pasado. Varía radical y dramáticamente la percepción que un individuo de la sociedad contemporánea tiene del afuera, a lo que hay que agregarle la introducción sistemática de la sociedad de riesgo. Vivir en el interior de sociedades de riesgo tiene dos acepciones muy diferentes, una de ellas es la que en el campo de la Sociología se piensa cuando se dice que estamos inmersos en un tiempo en el que las viejas continuidades han desaparecido. Por ejemplo, aquellas personas que iniciaban su experiencia laboral en una empresa, fuera pública o privada, y terminaban su vida en esa misma empresa. Eso estalló en mil pedazos, esas construcciones sociales, económicas, valorativas, se desmembraron, y cada uno de los individuos que integra la sociedad actual vive atravesado por una dinámica que yo llamaría la dinámica de lo distante, de la fugacidad, de lo inmediato, del cambio vertiginoso, de la sensación de una neurosis imposible de resolver ante la variabilidad de las condiciones de la vida contemporánea y de la vida cotidiana. Lo que uno sabe es viejo y por lo tanto la acumulación de conocimiento técnico parece no ser interesante. Este es un punto no menor, es decir, el individuo de la sociedad contemporánea devora el pasado y este es un problema importante para pensar las identidades, las tradiciones políticas, el presente. Si lo único que vale es la última novedad, el último dispositivo técnico, el último curso de capacitación, todo lo anterior es como una mochila que pesa demasiado y que tiene poco sentido en el mercado de los intercambios laborales. Pero no solo el intercambio de los mercados laborales, es también la construcción de tramas culturales, de registros vinculados al pasado, a la memoria, a la forma en la que se despliega una sociedad. Señalo esto porque creo que sin la presencia de tales conceptos resulta muy difícil entender el mapa político argentino contemporáneo.

---

Existen ciertas conductas de actores sociales que uno no comprende que defiendan intereses que no son los propios, sino todo lo contrario. ¿Por qué un vecino que vive en un barrio de clase media, media o baja, en una ciudad como Buenos Aires o Rosario, o en Córdoba, hoy ha depositado sus expectativas en la Sociedad Rural? ¿Qué lleva a que sectores de nuestra comunidad lean su vida desde ciertos paradigmas, que en realidad están horadando su propia posibilidad y su propio despliegue? ¿Qué está pasando? ¿qué implica esta lógica?

Por un lado, tenemos la cuestión de la sociedad de la fugacidad: esta idea de lo que se define como un tiempo de giros vertiginosos, de cambios, de transformaciones que están permanentemente liquidando lo establecido. En apariencia, porque las cosas persisten, las estructuras de poder, los núcleos corporativos siguen persistiendo, aunque exista en la superficie una percepción de volatilidad, de brusquedad, de fugacidad gigantesca. Luego está la otra zona de riesgo -que en este momento es muy fuerte en la sociedad argentina y tiene una capacidad de incidencia psicológica subjetiva inmensa-, que es la noción de una sociedad de riesgo en términos de la inseguridad: la creencia de que salir a la calle es prácticamente experimentar la entrada en un territorio infernal, en un territorio atravesado por todas las clases de peligros habidos y por haber. Esto también tiene una realización clave en el modo en que cada uno de los individuos mira a los otros, construye la posibilidad de un espacio compartido. Los viejos reclamos de las tradiciones progresistas, las tradiciones de izquierda, los reclamos de la identidad, de la solidaridad, del reconocimiento, son brutalmente fragmentados por esta percepción de una sociedad desmadrada; un estado de riesgo donde la violencia y estos discursos dramáticos sobre la inseguridad, montados sobre experiencias reales por otro lado, terminan por generar las condiciones de ruptura de los vínculos entre los miembros de un mismo grupo.

Tal situación no resulta menor para pensar la construcción del nuevo escenario político. De la misma manera que también es fundamental para comprender el desarrollo del sentido común, la caída dramática de la capacidad reflexiva de los individuos de una sociedad. Esta sensación de la frase brutal, esta idea de la pantalla partida, del blanco y negro, que impide la reflexión, la distancia, la intervención crítica de cada uno de nosotros. Un lenguaje de lo inmediato que reduce casi a cero la posibilidad de pensar un acontecimiento desde algo parecido a la complejidad. Lo que aparece es la simplificación brutal.

Dicho esto como introducción, rápida, y demasiado veloz en este sentido, me parece que nos podemos permitir entender algo de lo que viene sucediendo en los últimos años. Primera aproximación: nadie (o muy pocos) en la sociedad



---

argentina que salía de 2001 y de lo que fue el año 2002 estaba esperando un gobierno como el de Kirchner. Kirchner es una anomalía en la Argentina, es decir, si uno hace un pequeño ejercicio de memoria y se retrotrae a 2003, el balotaje en términos de lo que aparecía como posible nos hubiera ofrecido, por ejemplo, una segunda vuelta entre Menem y López Murphy. Esto habría, de algún modo, representado “mejor” a lo que un sector importantísimo de las clases medias argentinas piensa respecto de sí mismas y del país. Y digo eso para tratar de calibrar el escenario político en el que nos encontramos, un escenario político complejo, con partidos disueltos, con instituciones en estado de absoluta deslegitimación. Nos olvidamos también de que, entre otras cosas, lo que sucedió en diciembre de 2001 (y lo que se desplegó en los meses siguientes) fue la puesta en evidencia de un país desfondado, un país desarticulado en su estructuras básicas. No existían las instituciones -salvando la excepcionalidad de algunas zonas de la educación y de la salud, que pudieron resistir el avance de la deslegitimación generalizada-; ni hablar por supuesto de la Corte Suprema, del Congreso de la Nación, del Poder Ejecutivo, de los partidos políticos, de gran parte de las cámaras empresariales vinculadas al aparato financiero. Recuerdan ustedes lo que hoy, la misma gente que seguramente irá al Rosedal en un rato<sup>3</sup>, hacía cuando iba a golpear los bancos que a su vez se blindaron; recuerdan lo que era caminar por la calle Florida en las jornadas inmediatamente posteriores a la decisión del “corralito”. Era una sociedad que estaba expresando, por primera vez en su vida, una especie de desconcierto absoluto, porque aquello que parecía legítimo históricamente se caía en mil pedazos. Pero esa sociedad, ese sector de la sociedad -esta es una enorme paradoja del último período-, recompuso su situación económica de un modo inversamente proporcional a la distancia que tomó respecto a aquel gobierno que le permitió recomponer su situación económica.

Esta es una de las claves enigmáticas de la sociedad contemporánea argentina. ¿Cómo es posible que vastos sectores medios, que fueron los que más se beneficiaron (sobre todo en el proceso que fue de 2003 a 2008, prácticamente salvando los dos primeros años, años de recomposición de un país absolutamente destrozado), miraran con expectativas a un personaje insólito que resultaba simpático? El mismo que resultaba simpático al comienzo hoy es el monstruo de la escena argentina; el mismo personaje que era cómico porque tenía un ojo desviado, porque venía del sur o porque tenía salidas que resultaban más o menos reivindicadas o aceptadas por la sociedad, ha pasado a ser una suerte de máquina de violencia.

---

(3) El 10/12/09, la Mesa de Enlace Agropecuaria convocó a un acto de apoyo a los legisladores electos el 28 de junio que asumían ese día. El acto tuvo lugar en el Rosedal de Palermo.



---

Lo anterior resulta interesante para pensar qué está pasando en una sociedad que produce esos giros, y ello se vio ya en las elecciones presidenciales de 2007, cuando Cristina Fernández ganó con el 46% de los votos, una elección para segundo mandato más que significativa. A la luz de la experiencia de la impresionante revalidación electoral de Evo Morales parece poca cosa, pero para un país como la Argentina, en un segundo mandato (porque por más que no fuera Néstor Kirchner era su continuidad), se depositó en los votos una legitimación extraordinaria. Pero allí, si miramos con un poco de atención, comenzaba a retirarse claramente o se expresaba lo que nunca estuvo del todo, que era una falta de apoyo de los sectores medios urbanos al primer gobierno de Néstor Kirchner y después al gobierno de Cristina Fernández. Néstor Kirchner ganó con el 22% de los votos, y cuando renovó su legitimidad o construyó una legitimidad política en las elecciones de 2005, su caudal electoral fué menor que el caudal electoral que luego obtuvo Cristina en la disputa por la presidencia en el 2007. Es decir, nunca terminó de ganar la confianza de los sectores medios, salvo los sectores medios rurales que en todos esos años recompusieron exponencialmente su estructura patrimonial y vivieron uno de los tiempos más felices de toda la historia agraria argentina. Eso también es algo imprescindible de ser discutido: cómo se despliega un conflicto con dimensiones tan exacerbadas y de un antagonismo enorme a partir de una resolución como la 125, cuando el sector que participa de ese conflicto es probablemente el que había recibido una de las tajadas más importantes de la renta de los últimos cinco años.

Una pregunta inquietante, porque atraviesa lo político, lo social, lo ideológico y lo cultural. ¿Qué había detrás?, ¿un par de puntos en las retenciones?, ¿en vez del 35, el 40? El precio de la soja apuntaba exponencialmente a los 1000 dólares la tonelada, y todavía nadie quería ver lo que era evidente que iba a acontecer, pero que en la Argentina -como si fuéramos uno de esos dibujitos animados en los que mientras vamos caminando sin mirar hacia abajo no nos damos cuenta de que estamos yendo por el abismo-, nadie quería ver que se podía desatar una crisis financiera internacional. Lo cierto es que en marzo de 2008 la escena de la producción agropecuaria argentina, fundamentalmente la de los cultivos de soja, era un camino maravilloso hacia la acumulación de una renta extraordinaria como nunca se había tenido en las últimas décadas. Y sin embargo entonces se produjo una disputa feroz y fundamental, disputa anticipada en realidad ya en 2007 (si ustedes me apuran, en el final de 2006), porque lo que se dice es que en realidad el gobierno se equivocó, que la resolución 125 estuvo mal formulada. Probablemente el gobierno no entendió lo

---

que estaba pasando en la estructura agraria argentina de los últimos años: las transformaciones en el interior de lo que se llaman los pequeños y medianos productores, las transformaciones tecnológicas, los cambios del paradigma productivo-cultural. No es la misma relación la que se establece con alguien que tiene 10.000 hectáreas, si yo tengo 150 hectáreas; mis 150 hectáreas entran en valor asociadas con las 10.000 hectáreas y quien tiene 10.000 hectáreas ya no es mi enemigo histórico, como fue en otras épocas la relación entre la Federación Agraria y la Sociedad Rural. Pero cuando se transforman los patrones productivos, cuando el hombre que tiene 100-150 hectáreas las alquila y saca una renta que le permite retirarse al pueblo a leer el diario, su mundo cultural, su perspectiva social, su mirada de la vida comienzan a transformarse. No hace falta ser marxista para esto. No hace falta recurrir a las viejas concepciones de los vínculos entre el lugar material de la producción y los imaginarios sociales o las conciencias que se construyen a partir de eso. Se convierten en aliados, son parte de la misma lógica.

El gobierno, quizá, no lo supo ver, no lo pudo ver; es parte de su propias carencias políticas. Pero que allí estaba situada de alguna manera la lógica de un conflicto no resuelto en la Argentina, no cabe la menor duda: el conflicto en torno a la renta. El gran conflicto que atraviesa la sociedad argentina es el conflicto en torno a la renta, la renta agraria obviamente, que es una renta clave en toda la historia de nuestro país. De cara al bicentenario, es inimaginable la historia política, social y económica argentina sin analizar la complejidad del conflicto en torno a la renta agraria. Pero a esto debe agregársele la conflictividad abierta con otros sectores corporativos financieros-industriales, que también en la actualidad está expresándose con mucha fuerza.

Volviendo a lo que quería plantearles hace un instante: el resultado de las elecciones de 2003 es una excepcionalidad, es lo inesperado. Nadie esperaba el discurso de Néstor Kirchner el 25 de mayo de 2003; nadie esperaba ese giro latinoamericanista, esa política de derechos humanos, esa reforma de la Corte Suprema, ese impulso a pensar la economía desde una lógica que no fuera simplemente la lógica que se venía implementando a partir de la matriz neoliberal de la década de 1990. Después uno podrá introducirle los problemas, los equívocos, los errores; analizar si estuvo bien o estuvo mal el hecho de que durante los primeros años la gran negociación se haya realizado con las corporaciones. Porque es cierto que en los primeros años del desarrollo del gobierno de Néstor Kirchner se tejieron vínculos y se llegó a acuerdos con aquellos sectores que después iban a convertirse literalmente en los que estarían

---

dispuestos a avanzar sobre la legitimidad del gobierno, desde el grupo Clarín hasta Techint o la gran corporación agropecuaria.

Por supuesto que habría que instalarse nuevamente en la Argentina de los años 2002-2003: una sociedad desfondada, desarticulada, fragmentada, con una economía en estado calamitoso y la necesidad de legitimación de un gobierno ante la imposibilidad de hacerlo en un balotaje, que le hubiera dado probablemente un 65-70% de los votos; también olvidamos eso. Cuando Menem se retira del balotaje, lo que produce es un efecto de deslegitimación, que el gobierno recupera y en los primeros dos años avanza sobre esa legitimación. Las elecciones de 2005 son elecciones importantes en la recuperación de la legitimación y las de 2007 supuestamente también, pero lo que siguió persistiendo en la Argentina es, por un lado, la desconfianza en la capacidad de los partidos políticos de recuperar no solamente incidencia sino también potencialidad organizativa identitaria.

A esto hay que agregarle un elemento no menor: la década de 1990 significó el pasaje del mundo de lo político al mundo del set televisivo. El menemismo y también sus críticos -estoy pensando en la Alianza y, sobre todo, en nuestros amigos del FREPASO-, creyeron que el lugar de la política era un set televisivo y que el lugar que decidía lo puro y exclusivamente político era el espacio comunicacional y audiovisual. Esto llevó en gran medida a mutar la escena política, a mutar la lógica de las representaciones, a mutar la idea misma de los vínculos sociales, para desplazarse y desplegarse en el interior de un tipo de práctica (y de lenguaje) que, definida por los dueños de la comunicación, tiende a vaciar a la política de contenidos. En ese sentido, la Alianza llegó al gobierno con un discurso que es interesante (porque reaparece fuertemente hoy), un discurso anti-corrupción. El eje del discurso, sobre todo de la izquierda de la Alianza (mucho más que el de un radicalismo que estaba demudado y que en realidad Chacho Álvarez rescata, porque el radicalismo que termina ganando ese gobierno es un radicalismo que, si no hubiera sido por el aire y la oxigenación que le venían de la presencia sobre todo de Chacho y del FREPASO, no hubiera tenido demasiadas oportunidades), es un discurso anti-corrupción e hiper republicanista, que al mismo tiempo deja intocada la estructura económica heredada de la era menemista. Más bien, exacerba el núcleo clave del proyecto de la convertibilidad. Es algo digno de ser pensado, porque tiene mucho que ver con el escenario político que se está montando genéricamente alrededor de una cierta oposición con posibilidades reales de transformarse nuevamente en gobierno en la Argentina de hoy. La falta de memoria histórica en amplios

---

sectores de clase media es alarmante, su tendencia a dejarse conducir hacia el abismo es memorable y trágica.

Hay un discurso recurrente y obsesivo que habla de la falta de calidad institucional, que habla permanentemente desde una retórica neorrepublicana, y la inquietud inmediata es: ¿de qué repúblicas está hablando?, ¿de qué instituciones?; ¿de las instituciones que vienen desde dónde?, ¿y cómo? ¿qué pasó con esas instituciones en los últimos años?, ¿qué pasó con la justicia? Históricamente, si existen en nuestro país dos sectores ultramontanos, reaccionarios, son por un lado la justicia y, por otro lado, el viejo Ministerio de Relaciones Exteriores. La formación de los diplomáticos argentinos, hasta hace muy poco tiempo, era de un reaccionarismo ultra montano católico, con el paraguas de los triples apellidos que hacen falta para ser embajador en París, en Londres o en algún otro lugar. Y lo mismo sucedió en la justicia. El núcleo ideológico de la justicia argentina proviene de una derecha dura, ultramontana, fascista, absolutamente cómplice de lo peor de este país. Entonces uno se pregunta, cuando se habla de calidad institucional, ¿de qué instituciones?, ¿qué significa que en este momento “tenemos la mejor Corte Suprema de la historia argentina”? Una pregunta inquietante y que a la gente no le interesa; a la “gente”, estos que supuestamente son la virtud de la República. Todos los miembros de la Corte Suprema, unos más otros menos, son probablemente los mejores integrantes posibles de una sociedad profundamente lastimada como es la sociedad argentina. Si pusiésemos un espejo en el que nos miráramos cada uno de nosotros, el amigo Dorian Gray sería una especie de virtuoso. ¿Recuerdan *El Retrato de Dorian Gray*? El personaje era maravilloso por fuera, pero en el retrato estaba plasmada toda su miseria humana. Hay mucho de esta miseria en la sociedad argentina, pero hemos logrado construir algo fundamental como es un Poder Judicial independiente, con una cantidad de hombres y mujeres de muy buena y extraordinaria formación académica y diría también en el plano de lo valorativo. Y sin embargo se insiste con que no hay República.

Argentina tiene una política internacional que por supuesto podrá gustar más menos, pero que ha optado claramente por la necesidad de construir un espacio regional y una relación intensísima hacia el espacio latinoamericano como nunca la tuvo a lo largo de toda su historia. Me animaría a afirmar que el papel de la Argentina en la defensa del proyecto democrático de Evo Morales, en el interior de UNASUR, fue decisivo para que hoy incluso el gobierno de Evo Morales pueda festejar un triunfo electoral como el que acaba de festejar; es decir, el papel de Argentina junto a Chile, junto a Brasil, por supuesto

---

junto a Uruguay. Pero es la idea de un espacio político que se busca con las diferencias propias de experiencias completamente distintas, porque no es lo mismo Venezuela, Ecuador, Bolivia, que Brasil, Chile, Argentina, Uruguay o Paraguay. Son experiencias diferentes, pero en el interior al menos de una intencionalidad que no reduce América Latina a un lugar vacío, a un lugar de puro sometimiento y vasallaje.

Para cualquiera que provenga de una tradición mínimamente progresista, en nuestro país existe un elemento que no debería ser algo menor, que es el ejemplo hondureño, el ejemplo clave para entender hacia dónde van ciertos republicanos en nuestras sociedades, qué dicen ciertos republicanos. Porque el golpe en Honduras es un golpe sostenido desde el interior de la democracia, es decir, es el golpe que dice *"Venimos a salvar la democracia de aquellos que atentan contra la democracia"*. Hay allí un discurso más brutal, más sutil, que responde a la ocasión que está de alguna manera expresándose en América Latina. *La Nación* tituló el otro día, cuando ganó Evo Morales: *"Amplio triunfo de Evo Morales. Hay peligro de una dictadura"*. Un triunfo que por primera vez en la historia de Bolivia genera que un segundo mandato tenga ese nivel de aceptación, y que logra incluso incorporar a sectores medios de Bolivia y hacer una extraordinaria elección en la medialuna boliviana, y para *La Nación* ése es el comienzo de una dictadura.

Hay una visión clave y fundamental de ser analizada: es el vínculo entre democracia y conflicto. Nos bombardean permanentemente con la idea de la crispación, con la idea de que la democracia es antagónica al conflicto, de que la política es antagónica al conflicto. Y el conflicto es el núcleo de la democracia; no hay democracia sin conflicto. Justamente, la problemática originaria de la democracia -desde los griegos en adelante- es lo que podríamos llamar el litigio por la igualdad. ¿Qué significa el litigio por la igualdad? Significa que en la medida en que existe una descripción que es absolutamente imaginaria respecto de una igualdad que no es natural (porque tanto la igualdad como la desigualdad no son naturales, son construcciones culturales), lo que sostiene la democracia es que el conjunto de sus miembros puede aspirar a la igualdad. Y a partir de esa decisión que inaugura la democracia se inaugura lo político, porque lo político es el lugar de la disputa de los desiguales por la igualdad. Por lo tanto, pensar que el conflicto es antagónico a la democracia es sostener que la desigualdad es el fundamento de toda relación social. Pero la desigualdad en un sentido muy profundo del término, no sólo en un sentido material sino también en un sentido simbólico-cultural. Cuando los grandes medios de co-

---

municación y el gran discurso de época hablan del consenso como antagónico a la conflictividad, cuando se piensa la democracia, insisto, como si fuera un espacio donde se resuelven en un directorio de empresa los problemas de la empresa y se piensa a los ciudadanos como ciudadanos consumidores, lo que se está rompiendo es el núcleo mismo de la cuestión democrática.

Pero volvamos sobre otra cuestión. El gobierno ha tenido y tiene enormes problemas. Uno de los centrales, sobre todo cuando estalla la crisis de la 125, es que ese gobierno fue profundamente economicista: pensó que Argentina efectivamente crecía a tazas chinas, que los sectores medios se habían beneficiado enormemente y se habían recuperado en los últimos años, que se avanzaba sin problemas, y sin embargo se encontraron con que algo le acontece a la sociedad que transgrede la causalidad puramente económica. Porque cuando estalla el conflicto de la 125 estamos lejos todavía de la crisis; hay un fenómeno inflacionario pero de ninguna manera dramático, la tasa de desempleo seguía cayendo de un modo significativo, los parámetros económicos estaban allí, indicando que quizá podía haber alguna turbulencia, pero que no se percibía en la cotidianeidad. Sin embargo, la cotidianeidad construye dentro de sí misma núcleos problemáticos que no se vinculan necesariamente con lo que está sucediendo realmente en la sociedad. Y aquí aparece el problema, aquí aparece incluso la separación entre el individuo común y corriente, su bolsillo incluso y su imaginario cultural y político. Décadas atrás un obrero tenía conciencia obrera. Podía ser peronista, socialista, comunista, anarquista; difícilmente ese obrero iba a asumir como propio el proyecto de la Sociedad Rural. Hoy en día, eso se ha modificado, la idea de identidad se ha quebrado en mil pedazos, las pertenencias, la solidaridad, las tradiciones, producto de mutaciones de época sociales, técnicas, comunicacionales, económicas, que han definido otro modo de experiencia en la vida cotidiana. Y eso por supuesto hace mucho más compleja cualquier experiencia política. La volatilidad, los cambios de humor, el dramatismo del relato mediático sobre zonas muy sensibles como pueden ser, por ejemplo, las cuestiones de la violencia y de la inseguridad, hacen que efectivamente la Argentina sea un país extremadamente complejo, entre otras cosas porque posee un mito originario que es el “mito de la grandeza destino”, para bien y para mal, y que nos diferencia y nos ha diferenciado históricamente de otros países latinoamericanos

A partir de estas reflexiones podemos tratar de pensar el momento actual, a partir de cada uno de estos elementos que se mezclan, se yuxtaponen, se distancian. El papel de los medios de comunicación, por ejemplo: ¿por qué

---

existe un conflicto en torno a una ley de medios audiovisuales? ¿Por qué tanto conflicto, si el rol de los medios es infinitamente menos importante de lo que se venía diciendo? ¿Por qué 26 años de democracia no habían logrado que una corporación clave de la sociedad contemporánea tuviese una legislación a la altura de los tiempos que corren? Pregunta inquietante respecto a lo que somos como sociedad, porque efectivamente (e insisto con un elemento que sostuve anteriormente) la corporación mediática es un partido político, por sus decisivas influencias sobre la conciencia social y por el modo como naturaliza los valores y los presupuestos generados por el modelo neoliberal del capitalismo actual. No es estrictamente la misma mirada la que tiene *La Nación* que la que puede tener *Clarín*, medios que han defendido intereses diferentes pero que hoy están en el interior de un mismo rechazo: rechazo a un modelo, a un proyecto complejo, contradictorio, con vicisitudes, espasmódico, pero que sin embargo, en los últimos cincuenta años, ha sido el primero que ha tocado intereses corporativos reales en la sociedad argentina. Después del primer peronismo no hubo ninguna experiencia democrática en nuestro país que haya sostenido durante un tiempo razonable y prolongado (y que no se haya replegado) una posición comparable, que haya tocado intereses muy concretos; son tan pocas que podríamos numerarlas. Primero el gobierno de Néstor Kirchner y ahora el de Cristina Fernández han quebrado la infausta tendencia de los gobiernos democráticos a rendirse ante las presiones y los chantajes de las grandes corporaciones económicas. Eso es algo que no se perdona.

Otro factor que no mencioné es la cuestión de las AFJP. Ese problema tiene que ver no solamente con tocar intereses del capitalismo especulativo y financiero de los últimos treinta años de un modo concreto, sino que también incide sobre un debate cultural decisivo: ¿qué significa que una sociedad abandone el sistema de reparto para optar por el sistema de la frivolidad del inversor de sus propios recursos? ¿Qué tipo de sociedad es la que produce un discurso como el que hizo nacer las AFJP, discurso que nos mostraba hombres y mujeres ya bien entrados en la vida, los que en realidad podían vivir como si estuvieran en Jamaica, en Hawái o jugando al golf eternamente, de su propia capacidad no sólo de ahorrar sino de especular a través de jóvenes talentosos, cuando todos sabemos que si algo no existía en un sistema especulativo como fue el de las AFJP era la relación entre mi ahorro y mi propiedad del ahorro? Además de eso, lo que las AFJP significaron básicamente fue la ruptura del sistema de solidaridad entre el trabajador activo y el jubilado, es decir, “no me importa el otro”, “yo me importo a mí mismo”. Es como aquella publicidad: *“Compre el producto que viene con satisfacción garantizada. Si no, le devolvemos el importe”*. Y la



---

satisfacción garantizada giraba en torno a una especie de visión especular, como si esta habitación en la que me encuentro estuviera forrada de espejos y lo único que me devolviera cada uno de ellos fuera mi propia imagen. Esto caló muy hondo en la sociedad argentina; es la conversación que seguramente muchos de ustedes pueden haber tenido con algún vecino, cuando uno argumentaba *"Pero fijate las jubilaciones. Se les dio una jubilación a 1.700.000 ó 1.800.000 hombres y mujeres que estaban dejados de la mano de Dios o que habían trabajado en negro, porque sus aportes se los habían robado, porque estaban desocupados"*, y la respuesta era *"¿Y a mí qué me importa?, si no trabajaron, si son unos vagos y yo quiero mi plata. Devuélvanme mis dólares"*. Dólares envenenados que hicieron pedazos un país. Esa imagen, *"Devuélvanme mis dólares"*, dólares que hipotecaban el futuro de las generaciones venideras, es una imagen muy profunda en la Argentina de hoy. Esta ahí, está en cada uno de nosotros. Por eso, sostengo, estos últimos años han acontecido cosas que valen la pena, sucesos complejos, desiguales, contradictorios. Por supuesto que uno de los grandes problemas es que el Estado argentino no solamente está desguazado, sino que es un Estado brutalizado.

Cualquiera que tenga vinculación con alguna esfera estatal sabe que nuestro Estado (y no sólo el argentino, pero estamos hablando de nuestro país) se encuentra en un estado -valga la redundancia- de desagregación, comatoso; que es un ámbito en el que mucha gente hace esfuerzos loables, inmensos, pero que al mismo tiempo se encuentra sin haber podido ser encarado, porque no hemos podido encarar de verdad una profunda transformación del Estado y lo hemos separado de la idea de gobierno y vinculado con lo público. Entonces me parece que la escena argentina es una escena compleja, sobre todo porque observo que la batalla cultural la vienen ganando tranquilamente -por ahora- aquellos que han definido un modo de sociedad y de Argentina que ya conocimos. Y el gobierno a veces toma medidas interesantes, pero otras no tanto. Existe un vacío de representación política no menor, pero al mismo tiempo están sucediendo algunas cosas que vale la pena percibir, anotar, discutir; hay una re politización de algunos actores en la sociedad argentina.

Muchas de las cuestiones que estamos discutiendo aquí tienen que ver con algo de lo que sucedió en los últimos años, particularmente en el último año y medio, experiencia de la cual formo parte. Yo estoy mucho más cómodo en el mundo universitario, no tengo que ir a buscar nada al mundo de la política, precisamente por todas esas infamias que cada tanto uno escucha: *"¿Qué les dan?, ¿qué les pagan?"*. Gran parte de nosotros llegamos a esta experiencia con un recorrido biográfico resuelto en términos de lo que imaginábamos como

---

vida profesional y académica. Horacio González o el querido Nicolás Casullo, ¿qué tenían que ir a buscar, si no era la necesidad de un debate político y de un compromiso con el país? No había nada que buscar, y lo que a mí me sorprende es la cantidad de gente que, de alguna manera, ha sido tocada por esta situación y que hoy está persiguiendo un modo de participación. Es una experiencia inédita. En Buenos Aires, nos reunimos cada dos semanas 400-500 personas en la Biblioteca Nacional; esas personas van cambiando; hay cartas abiertas en infinidades de ciudades del país que se forman a sí mismas; no existe un comité central que dirija nada, es autogestiva, cada uno hace lo que quiere: comisión de Economía, de Tecnología, de Educación, de esto, de lo otro. Es algo raro comparado con lo que pasa en otras partes del mundo. Yo enseño en los Estados Unidos. Una vez al año viajo allí: es una sociedad muerta. Ni qué decir de España. Son sociedades en las cuales los ciudadanos están aterrorizados por que no les quiten lo que les habían dado. Pero nuestra sociedad, con todos sus problemas, con todas sus penurias, es una sociedad interesante que tiene fecundidades internas. Y ni hablar de lo que está sucediendo en América Latina.

Traten de situarse cada uno de ustedes en 1995, año de la reelección de Menem. Traten de imaginarse ustedes en 1995, proyectando un contexto sudamericano para el 2006-2007, ¿qué hubieran imaginado? ¿Hubieran creído que en Brasil, el presidente fuera un dirigente metalúrgico, fundador de uno de los partidos de izquierda más importante del continente? ¿Que un viejo dirigente tupamaro, preso durante tres años en condiciones infames por la dictadura uruguaya, fuera el presidente del Uruguay en la actualidad? ¿Que un descendiente de aimaras fuera el presidente de Bolivia? ¿Que un hombre que viene de la tradición académica de la izquierda cristiana fuera el presidente de Ecuador? ¿Que un ex obispo formado en la tradición del Concilio de Medellín y de la Teología de la Liberación fuera el presidente de este país tan lastimado que es Paraguay? ¿Que un ex golpista, con toda su complejidad, fuera el presidente democrático y enormemente popular de Venezuela? ¿Que la hija de un general asesinado por el pinochetismo fuera la presidenta de Chile? Sin entrar en los detalles de cada experiencia, ¿recuerdan quiénes eran los presidentes de la mayoría de nuestros países?: Fujimori, Collor de Mello, Menem, el ecuatoriano Abdalá Bucaram, todos personajes infames.

América Latina fue el continente más desigual durante la década de 1990, el continente en el que la brecha fue más amplia, más que en África. Una década de destrucción de América Latina. Entonces, cuando nos gana el pesimismo

---

-hay que ser un poco pesimista, porque la época no es fácil-, debemos mirar hacia atrás y pensar lo que significó ese proceso, lo que era la Argentina, lo que fue la cultura del menemismo, que todavía tiene una incidencia real y concreta. Podemos verla en la televisión de hoy en día: esa cultura sigue existiendo y persistiendo sobre nosotros. Pero, frente a esto, lo que ha pasado en el campo de la Universidad, en el campo de la Ciencia y la Tecnología, en el campo del CONICET. Nunca (y eso la sociedad no lo sabe ni le importa, aparentemente) hubo tanta inversión para la educación y para la ciencia como en este último período, nunca hubo tantos becarios del CONICET, jóvenes entre los 25 y los 35 años como en esta etapa argentina. Los salarios universitarios estuvieron congelados durante toda una década. Hoy, los salarios universitarios en la Argentina son más que razonables. No son datos, son circunstancias no menores. El peso de los sindicatos, aunque tanto se los ataca, ya que una sociedad sin sindicatos es el horror de la dictadura de los dueños, como hace Estados Unidos, donde se echa como sea a quien sea sin ningún inconveniente. El hecho de que los sindicatos vuelvan a tener poder es porque, entre otras cosas, se recuperó el trabajo en la Argentina. Y al mismo tiempo un detalle que no deja de ser sorprendente y que para mí es inquietante de verdad: el odio. Se puede estar en desacuerdo con el gobierno (porque el odio hacia Néstor Kirchner aparece más en el discurso mediático), pero el odio violento, crispado, hacia Cristina Fernández, principalmente de parte de la población femenina argentina, merece un tratado de psicología profunda.

Uno puede decir "*No comparto*", pero por lejos me parece que es una mandataria más que interesante en su capacidad de decir, de hacer. Ha implementado algunos cambios no menores: el conflicto de la 125, por supuesto, del cual se salió con la re-estatización de Aerolíneas Argentinas y la recuperación de las AFJP; la movilidad jubilatoria; la ley de medios audiovisuales por la que nadie daba un peso. Y ahora, un sistema de redistribución extraordinaria para reducir la pobreza, el más importante de toda América Latina, como es la asignación universal. La asignación universal implementada indica la reducción drástica de los niveles de pobreza en nuestro país. Entonces cabe preguntarse, ¿desde dónde se construye ese odio, ese prejuicio tan brutal que tiene equivalencias con aquello de "Viva el cáncer", pero bajo otras condiciones? Eso es peligroso, porque de eso no se vuelve. ¿Cómo se convence a una persona que quiere la muerte del otro?

Hace poco me encontraba en un aeropuerto de los Estados Unidos y había dos niñas argentinas jugando. Una le decía a la otra: "*Sos mala. Tenés los labios*

---

*inflados como Cristina*". Cuando dos chicos de seis, ocho años juegan a decirse esas cosas es porque algo dramático y terrible está pasando en la vida cotidiana. Yo escucho a mis hijos, particularmente a mi hijo menor cuando me comenta cosas que dicen sus compañeros en el colegio. No provengo del peronismo; mi familia, mucho menos. Mi viejo, que cambió bastante (hay que reconocerlo), en 1955 era un gorila hecho y derecho que fue a festejar la Libertadora. Mi suegro era socialista. Ahora, los dos se han vuelto raramente kirchneristas. Quiero decir que no provengo de una tradición peronista; no soy peronista y no me definiría tampoco como kirchnerista, pero creo que estamos viviendo tiempos de descuento. Lo disfruto en realidad por esto que está pasando de discutir y volver a discutir. Yo vengo de la generación de los años 70 y pensé que la política había terminado como lugar interesante, apasionante, de debate de ideas; me parece que algo de eso se está recuperando en la actualidad, y esto es lo atrayente y vale la pena relacionarlo con otro detalle que no es menor: el hecho de que los peligros son inmensos. En la Argentina hay enormes peligros a la vuelta en al esquina. Nosotros tuvimos una rara capacidad de acertar con una construcción medio extraña que fue aquella frase de la primera carta abierta en la que hablamos de "clima destituyente". Desde el primer peronismo en adelante, para no ir más atrás, la democracia en la Argentina siempre tuvo que pedirles permiso a las corporaciones para sostenerse, y cuando se corrieron un poco venía el proceso de deslegitimación: a Illia, que tanto se lo reivindica; a Alfonsín, al que se lo lloró de una forma hipócrita y cínica, los mismos que lo hicieron pedazos y lo pasaron por la trituradora de carne. Tenemos memoria tan corta en la Argentina para pensarnos a nosotros mismos que vale la pena ver esta escena jugando en espejo, comparando, observando qué ha pasado.

En este lugar nos encontramos, y nuevamente, insisto, el peligro es que las corporaciones siguen siendo ejes de un poder de horadación tremendo, que el discurso mediático continúa siendo un discurso hegemónico, en cadena nacional, porque no se puede decir que Canal 7 o *Página 12* o Radio Nacional pueden compensar la cadena nacional sistemática que uno enfrenta cuando enciende la radio, mira la televisión o lee los principales periódicos en la Argentina. Es decir, lo que han hecho *Clarín* y *La Nación* contra la propia lógica de la objetividad periodística es insalvable. Cualquier lector con un poquito de sutileza e inteligencia no puede menos que decir "*Esto es imposible*"; nunca nadie, en el campo periodístico, corrió tanto los velos como ha hecho *Clarín*. *Clarín* es una cosa brutal y *La Nación*, de la que al menos uno decía que respetaba su conservadurismo un poco objetivo, hoy es un pasquín, un pasquín golpista. Todas estas cosas hay que empezar a decirlas en la Argentina, porque no quiero

---

ser tremendista ni nada por el estilo y creo que hay mucho por hacer de acá a dos años, pero cuidado de nosotros si los que pueden ganar llegan a ganar en 2011. Cuidado con cada uno de nosotros. Por supuesto, cada uno tendrá su vida resuelta y tratará más o menos de mantenerla, pero cuidado: perdemos no menos de diez años de la Argentina, no menos de diez años, de acá al futuro. Por eso yo creo que es fundamental sobre todo esta experiencia, como pueden ser las de Cabal o CREDICOOP, que vienen de una tradición cooperativista. Es fundamental tener en claro qué significa eso. La tradición cooperativista es antagónica al discurso que hoy sigue dominando el imaginario político-económico concentrado en la Argentina, y si no somos capaces de construir un espacio común, si el gobierno no aprende que la única oportunidad es construir y abrir un espacio generoso de convergencia para todos aquellos que con sus propias tradiciones puedan seguir imaginando una Argentina inclusiva, más igualitaria, más progresista, está sellado, y vamos a tener al amigo Cobos y lo vamos a disfrutar. Vamos a disfrutar el voto “no positivo” de Cobos.

El peligro es que haya una izquierda de la derecha. El último acuerdo en la Cámara de Diputados, en la distribución, muestra que existe una izquierda de la derecha que ve que todo esto es una impostura, que lo que sucedió en estos años en realidad es una impostura neomenemista. Por lo tanto, esto es lo mismo que el menemismo, por lo tanto da lo mismo que caiga porque ahora sí va a venir el verdadero sector popular progresista que va a hacer todo lo que hay que hacer en la Argentina: reforma agraria, nacionalización de las minas y el petróleo, etc. Mientras tanto, votan junto a la Sociedad Rural. Otra paradoja no menor de la Argentina también. Y un resto, que habría que estudiarlo desde un punto de vista más sociológico -a la palabra la inventamos nosotros, y por esto dice mucho y no dice nada, pero cada uno la puede interpretar a su manera-: hay un gorilismo estructural tan poderoso en un sector de esta sociedad que es muy difícil remover. Cuando digo “gorilismo”, no digo antiperonismo exclusivamente, aunque la figura del antiperonismo expresa en gran medida el núcleo del gorilismo. El gorilismo es algo más que antiperonismo: tiene un sustrato de clase, de racismo, de prejuicio, que es tan visceral que incluso posee un rasgo profundamente antipolítico. Este es un tema del que no hablé demasiado hoy, pero que también conforma un componente no menor de la cultura contemporánea, un tópico que viene desde nuestros abuelos inmigrantes, que no es nada fácil de explicar y que al mismo tiempo es muy perturbador en la historia contemporánea.